

## EL CRISTIANISMO DE HILDA MORENO. UN ESTUDIO DE CASO.

Jorge COSTADOAT

Recibido el 30 de enero de 2017. Aceptado el 31 de marzo de 2017.

### RESUMEN

En este estudio de caso se investiga el cristianismo de una católica practicante, poniéndose especial atención a los temas y categorías en que ella expresa su religiosidad. Esta investigación debiera ayudar a conocer la recepción teológica del Concilio Vaticano II en la Iglesia latinoamericana. Nuestra tesis ha sido que el Concilio introdujo cambios extraordinarios en el cristianismo latinoamericano sin perjudicar el cristianismo tradicional. Entre otras conclusiones, es de mencionar que Hilda Moreno ha comprendido su vida, en la agitada época en que esta ha tenido lugar, a la luz de una religiosidad tradicional que no le ha impedido, por el contrario, le ha abierto la posibilidad de integrar sin mayor problema las novedades teológico-pastorales del Concilio.

**Palabras clave:** Concilio Vaticano II, cristología, teología latinoamericana, religión del pueblo, cristianismo.

### HILDA MORENO'S CHRISTIANITY. A CASE STUDY.

#### ABSTRACT

This case study deals with the Christianity of a true Catholic person, with special attention to the categories and issues that express her religiosity. This study should help us understand the theological reception of the Vatican Council II in Latin American church. Our thesis postulates that the Council introduced extraordinary changes in Latin American Christianity without causing any damage to traditional Christianity. Conclusions indicate that Hilda Moreno understood her own life during the agitated period in which she lived, in the light of traditional religiosity, which gave her the possibility of integrating the theological and pastoral novelties of the Council with no difficulty, instead of preventing her from doing it.

**Key words:** Vatican Council II, christology, latin american theology, folk religion, christianity.

## 1. Introducción

La Teología de los signos de los tiempos, pretende servir al estudio de acontecimientos históricos colectivos en los cuales es posible discernir la presencia y la voluntad de Dios (cf. Azcuy, Schickendantz, Silva *Teología de los signos*; Berríos, Costadoat, García *Signos de estos tiempos*). Estos acontecimientos, sin embargo, se arraigan en la vida espiritual de personas singulares. De aquí que resulte importante observar estas vidas, pues en ellas es posible registrar el impacto y la germinación de los cambios más significativos de una época. Lo que en esta oportunidad nos interesa mirar es la huella que el Concilio Vaticano II ha dejado en Hilda Moreno, una cristiana de excepción, mujer popular y latinoamericana. ¿Cómo ha sido la recepción latinoamericana del Concilio? ¿Cuáles son las características del cristianismo que se ha desarrollado en América Latina las últimas décadas, años en que el continente ha sido estremecido por luchas sociales y cambios culturales muy grandes? Estas son las preguntas que guían este estudio de caso.

Para efectos de este estudio he recurrido a la ayuda de algunos teólogos/as que han utilizado métodos sociológicos de estudio de casos en investigaciones teológico-pastorales. Étienne Grieu (cf. Grieu *Un lien*; “¿La Iglesia en la escuela...?”; *Teología de los signos*), decano del Centre Sèvres, a mí y otros integrantes del Centro Teológico Manuel Larraín, nos ha sido muy iluminador con su extraordinaria experiencia de escucha de los más pobres de Francia.

Agradezco también los consejos de mis colegas en el Centro, Virginia Azcuy y Carolina Bacher.

De C. Bacher he tomado las principales ideas metodológicas (Bacher “Zarzas”; “Teología pastoral”). La investigación que aquí desarrollo, constituye un estudio de “caso único”. En ella he procurado comprender qué es lo nuevo que emerge en la experiencia de Dios de Hilda Moreno. ¿Por qué ella y no otra persona? Este tipo de métodos recomiendan la elección de una persona significativa. Un estudio a fondo en el cristianismo de una mujer para quien su fe es muy importante, es un lugar privilegiado de observación de una novedad que pudiera emerger y también un medio para confirmar hipótesis u opiniones que requieren ser probadas. En esta oportunidad, como he dicho, el *a priori* y el prisma es la recepción del Vaticano II. Hilda, por lo demás, nació antes del Concilio, lo cual vuelve interesante poner atención al desarrollo personal-ecclesial de una experiencia espiritual. Seguimos un método que exige explicitar el interés que se persigue. Por una razón semejante, también ha habido viva conciencia en el investigador –yo mismo– de este propósito teológico. Y, como se me ha recomendado, he debido ser cauteloso para no hacer decir a mi entrevistada lo que yo quisiera oír, sino, ante todo, abrirme a la posibilidad de una “conversión” mía por sobre su experiencia de Dios. La técnica de la entrevista conlleva el peligro de la distorsión. La lucidez sobre las condiciones de la objetividad de una actividad intersubjetiva, como es la de la técnica de la entrevista, técnica fundamental en los estudios de caso único, debiera poder ayudar a que aflore lo más posible algo que, en todo caso, nunca podrá ser dicho de un modo perfecto y de una vez para siempre. Entre los instrumentos aconsejados para cotejar algunas informaciones está la triangulación: cotejar informaciones y opiniones con terceras personas. He recurrido a ella, así como a otras herramientas tan importantes como la observación visual y auditiva. Que la entrevistada calle o se emocione, mueva las manos o realice otros

actos, pueden ser –y han sido– muy importantes; debido a que son indicaciones del peso de las palabras.

La investigación requirió de cuatro entrevistas, las que fueron transcritas por una ayudante. Luego de una primera redacción de este texto, hube de pasárselo a Hilda para someterlo a su opinión. Lo mismo hice con otras dos personas que la conocen muy bien: su hija Jacqueline Carrasco y José Arteaga, sacerdote amigo de ella y de su familia. De este modo, pude corroborar la información y hacerme una idea más completa de Hilda. En la conversación con ella tuve como pauta algunos *temas* teológicos importantes: fe, Iglesia, Dios, Cristo, pecado, oración, práctica cristiana, prójimo y otros, pero también estuve muy atento a las *categorías* propias que Hilda misma elaboró durante años para entender y practicar su cristianismo. Me di cuenta que para ella estos fueron los tópicos especialmente sensibles: ayudar, visitar las casas, su comunidad cristiana, su oración, sus hijos y su marido. Tendrá que entenderse que no puedo adjuntar a este artículo los materiales de que se extraen las citas textuales, puesto que son muchas páginas. Las numeraciones en cada cita corresponden al trabajo de tabulación de las preguntas y respuestas, previo a la redacción final de este artículo<sup>1</sup>.

Anticipo aquí uno de los resultados de esta investigación. Hilda representa a tantas mujeres latinoamericanas que, con la Biblia en las manos, han interpretado su vida a la luz de la Palabra de Dios y viceversa. Ellas han sido *teólogas* de sus vidas y de su Iglesia (cf. Costadoat “La ‘más latinoamericana’...”). Este es el caso de una mujer mayor que habita en un barrio popular de Santiago de Chile, en la Población Santiago, que se inició por los años 60’ con una ocupación de terreno. En esta población está ubicada la comunidad eclesial de base San Esteban en la que ella participa desde su fundación.

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, 2, 5, refiere a la segunda entrevista y a la pregunta número 5.

## 2. Vida y cristianismo

### 2.1. Orígenes y familia

Hilda tiene una familia numerosa. Con su marido, Juan Manuel Carrasco, tuvieron trece hijos: Juan, María Angélica, Laura, Nancy, Mónica, Jorge, Hilda, Jessica, Jacqueline, Ximena, Cristian, Marcela, Carlos y un niño muerto a poco de nacer. Los nietos son actualmente treinta entre mujeres y varones.

Ella nació en la Población Bulnes, un barrio popular de Renca, el 21 de marzo de 1936. Su padre era de Santiago, su madre era talquina. Juan Manuel había nacido en Angol. Se conocieron en la Población Bulnes, se casaron por el civil en 1950 y por la Iglesia en 1953. El matrimonio vivió inicialmente por tres o cuatro años en General Velásquez 117, en la casa de una tía. Posteriormente vivieron cerca de 11 años en Unión Latinoamericana. Cuando se abrió la oportunidad de una *operación sitio* se mudaron a la Población Santiago. *Los comienzos fueron sumamente sacrificados, había que edificar con fonolitas y charlatas y los baños eran letrinas compartidas. Hilda vive en este lugar desde fines de 1965.*

Juan Manuel fue mueblista. Un hombre que sufrió mucho en su infancia, debido a que sus padres se separaron. No le gustaba mucho ir a misa, pero asistió a retiros y perteneció a los *Hombres Católicos*, grupo formado por el Padre Carlos Klemm en la Población Santiago, fundadores de la comunidad. El año en que Juan Manuel conoció a Hilda, iba a entrar al seminario de los Asuncionistas, finalmente, estudió en la Escuela de Artes y Oficios y construyó la casa en la que vivieron, que es en la que actualmente vive Hilda. Por años tuvo su taller en Rancagua con Av. Italia. Murió el 13 de agosto de 2007, desde entonces, Hilda se consagró a cuidar y a educar a los hijos. Para sacar adelante la casa, ella lavaba y cocía, de este modo hacía los *jumperes* a las niñas y los pantalones a los niños.

Ellos siempre se supieron pobres. El alto número de hijos hizo más aguda su pobreza. Se esforzaron para hacer rendir las comidas, pero lo hicieron con alegría. Tener buenos vecinos fue decisivo, ya que sin la solidaridad entre ellos habría sido imposible salir adelante.

## 2.2. *Comunidad cristiana y religiosidad*

Por los mismos años en que se inició la población comenzó también la comunidad cristiana de San Esteban. Hilda es una de sus fundadoras y “propietaria”, esta es “su” comunidad; ella trabajaba para su comunidad. Cuando alguna vez un sacerdote habló de cerrar la capilla para concentrar los esfuerzos pastorales en las dependencias de la Parroquia Santa Cruz, Hilda reaccionó enfurecida. La comunidad es para ella y para todos los demás una amalgama entre la edificación, las personas que la integran, y la historia de su población y de su cristianismo. Las demás se preguntaban cómo ella se daba tiempo para participar en la comunidad: “Sí, poh, si tiene tantos niños”. Ella tampoco lo sabía: “Yo misma no me doy cuenta, pero sabe, yo me levanto súper temprano, hago todas mis cosas temprano y dejo un buen tiempo para la gente de fuera. Sí, yo iba a Nogales, iba para el otro lado, a la Bonilla, no sé cómo lo hacía, no sé, de verdad” (1,55).

De los inicios la población recuerda al P. Carlos Klemm, sacerdote jesuita húngaro que comenzó la comunidad con una mediagua. Luego él mismo empezó y terminó la actual capilla construida en material sólido. No hay recuerdo de quién pintó el Cristo que hasta hoy ocupa un lugar destacado en el muro. Hilda dice que es igual al P. Carlos, lo recuerda con gran cariño. Tiene grabado en la memoria del día en que el jesuita con muy poco castellano se le acercó en bicicleta, le pregunto por *niños* y al día siguiente llegó con los libros con los cuales esperaba que Hilda los preparara para la primera comunión.



Durante varios años Hilda se desempeñó como catequista. Esta labor la obligó a mejorar la lectura y a hacer varios cursos. No le fue fácil, porque su educación básica solo llegó a quinto año. Leyó y amó sus libros. Lamentó perderlos en el incendio de una sección de su casa, pero el siniestro no impidió que ella recordara perfectamente su contenido. Lee y conserva como lo más querido la Biblia de Jerusalén que le regaló el entonces estudiante jesuita José Antonio Recharte. Afirma: “la palabra de Dios es lo más importante” (2,48). La lee cuando lo necesita, que es muy a menudo. O lee otros libros, donde ella encuentra “inserta la palabra del Señor” (2,49)

La comunidad cristiana nació y se desarrolló durante años muy difíciles de la historia del país. De un modo parecido a otras comunidades de la Zona Oeste de la Iglesia de Santiago, tuvo que encontrar un sitio para edificar una capilla y, al mismo tiempo, desarrollar un servicio de solidaridad en momentos cruciales de la vida de gente que vivía al límite de la sobrevivencia. La comunidad desde sus inicios estuvo abierta a las necesidades de la Población Santiago y también a la vida de la iglesia chilena y al país. A Hilda su fe le exigió un compromiso político con las víctimas de la violación de los derechos humanos después del Golpe Militar de 1973. Ella participó en los ayunos que se hacían en la iglesia de Santo Domingo en la calle 21 de mayo. Allí encontraba también a don Enrique Alvear, conocido como *el obispo de los pobres*, quien le ayudaba a conjurar el miedo que esos años debían pasar las personas que realizaban estas actividades solidarias.

Ya que también fue *sectorista* –tenía a cargo un sector del barrio–, se le veía ir y venir recorriendo las casas con un cuaderno debajo del brazo en el cual llevaba cuenta de las ayudas que se ofrecían a las familias. “Tenía que ver todos los casos... como cuando la gente no tenía para comer, para irse, las charlatas para las mediaguas, todas esas cosas, era como una asistente social...”, tenía que hacer todas las

cosas escritas" (1,58). En algún momento su actividad despertó las sospechas de la Central Nacional de Inteligencia que llegó, incluso, a su casa a preguntar qué contenía el cuaderno. No faltó la vecina que, según parece, la acusó de comunista.

Hilda no ha tenido dificultad para conjugar su catolicismo tradicional con el catolicismo del Vaticano II comprometido, incluso, en causas políticas. Ella reconoce no ser de rosarios, dice no saber oraciones largas y hermosas, pero goza con el Credo. En una sección de su habitación hay un altar repleto de imágenes y recuerdos religiosos para ella muy significativos. En él se encuentran cruces, una estampa de San Sebastián, velas, la Biblia, un cuadro de la Virgen, una foto del Cardenal Raúl Silva Henríquez y otra de don Enrique Alvear. Fueron "hombres que se dieron por entero" (2,36). Ella recuerda dos experiencias sacramentales que pueden marcar una diferencia entre un catolicismo y otro. No tiene un buen recuerdo de su primera comunión. Fue "muy ostentosa, me vistieron con unos vestidos, hasta me pintaron. No, no me gustó"; sin embargo, la confirmación la recuerda con alegría: "lo que me gustó, sí, fue cuando yo me confirmé; aquí, en (la capilla) La Salle. Me confirmé con don Enrique" (1,25). En este caso el estilo de la ceremonia fue muy distinto, sencillo y genuino, como suele ser la liturgia de las comunidades de base.

Su cristianismo se nutre en la presencia del Señor, el cual insufla de amor en su entrega a las personas; las mismas personas que, a su vez, pueblan su oración. La misa, dice, es "lo más importante". En el momento de la comunión ella "se comunica". Asistir a misa es para Hilda una necesidad: "Si no voy a mi misa, a mi capilla, me siento como no sé. En mi misa yo me mejoro, veo a los que siempre he visto, es mi casa, me comunico y se comunican conmigo. Cuando no voy me dicen que me echan de menos y me preguntan qué me pasó" (1,44).



El cristianismo de Hilda está lleno de personas. En primer lugar, los suyos: su marido, hijos y sus nietos; luego, la gente que conoce, aunque a veces no sean de su devoción. Encomienda a Dios a personas que se le atraviesan en el corazón. Son también importantes los sacerdotes que ha conocido: Carlos Klemm, Jim Hosey, José Antonio Recharte, Santiago Marshall, Renato Poblete I., Eugene Barber, José Arteaga, y los obispos Alvear, Silva Henríquez y Oscar Romero. Y sobre todo Ambrosio Errázuriz quien fue hermano jesuita y desarrolló una labor pastoral de una entrega extraordinaria a los jóvenes que se encontraban en las peores condiciones. Lamenta que los últimos años los jesuitas “se guardaron mucho” (2,37). Pero reconoce que la llegada del P. Eugene le ha dado un nuevo impulso a la misa. En la comunidad quedan personas mayores. Los jóvenes ya casi no participan.

### *2.3. Oración*

Hilda dedica una hora diaria a la oración, en este momento nadie puede interrumpirla. Reza por sus hijos antes que, por otros, comenzando por el primero, y luego por los nietos y bisnietos. Ora por personas que tienen especial necesidad, incluso, por quienes llevan una mala vida. Sufre y reza por ellos. Su oración es vocal, de petición, de agradecimiento y de conversación.

Conversa con el Señor, con la Virgen y con Cristo. “Pone” gente en el Señor, es decir, hace entrar en su oración a personas concretas, medita sobre ellas, reza por ellas. En la oración se reconcilia con las personas, trabaja las negatividades cotidianas, confiesa: “yo eso le pido al Señor que nunca deje que en mi corazón se anide el rencor, ni el odio ni el olvido” (2, 15). También conversa con su “viejito”. Para ella está vivo, participando de la vida actual de Cristo.

Hilda lleva una vida ordenada. Comparte con entusiasmo su modo más querido de rezar:

Todas las noches y en las mañanas. Mi oración es muy básica. La hago con los rostros de las personas. Nunca me he aprendido esas oraciones hermosas que hay que son largas, nunca, fuera del Credo, del Padre Nuestro y el Ave María. Con esas empiezo y con los rostros de las personas, de mis hijos, nietos, bisnietos (2,3).

Esto de rezar con los rostros es muy suyo y tiene que ver directamente con haber descubierto al *Dios de la vida*. Para Hilda Dios no está en el cielo, sino entre la gente y en la población. Ella misma relata como reza con su imaginación, como pasea con la mente orando por las personas:

Y me voy para Nogales y para la Bonilla, para los pasajes<sup>2</sup>, para todas partes. Hasta que digo: ‘Señor, discúlpame, me está dando mucho sueño, parece que me voy a quedar dormida’. Y me quedo dormida, me quedo en el pasaje tanto. Y al otro día cuando despierto pienso en donde quedé y digo: ‘disculpa Señor, tú sabes que ya estoy tan vieja que no alcanzo a terminar mi oración’. Y sigo mi oración. Pero la verdad es que no puedo dormir si no la hago. Le digo: ‘Señor, te pido por lo espiritual, lo corporal y más que todo por el amor, por mis hijos... (2,3).

En otra de las entrevistas vuelve hablar de su modo de hacer oración: “Sí, yo rezo con la gente, con los nombres, los rostros, me meto en las casas y si no conozco sus casas me quedo afuera en el jardín. Y me demoro no sé cuánto. De allá de Nogales me vengo acá a la Bonilla y después por todas partes”<sup>3</sup> (3,38).

Esta es su oración más querida, podría decirse que es una oración laica, porque reza con rostros de personas comunes, no obstante,

---

<sup>2</sup> Las callejuelas del barrio.

<sup>3</sup> Probablemente este tipo de oración con la imaginación lo ha adquirido de los ejercicios espirituales de San Ignacio.

también los rezos tradicionales le gustan. Le gusta rezar el Credo: “Yo parece que lo saboreo, porque ha sido tan poderoso en mi vida que estoy parada todavía” (2,26).

#### 2.4. *Fe y amor*

Hilda siempre ha sido una mujer de fe, desde niña, pero su fe ha evolucionado. Sobre todo, se ha fortalecido. Afirma: “Uno tiene que pasar por dolores, angustias, sufrimientos y de esa manera uno va haciendo la fortaleza de la fe” (2, 46).

En su vida ha habido personas que le han ayudado a creer. Don Enrique Alvear, según ella, “era tan consecuente con su fe”, es decir, “con su amor a los demás” (2,30). En la última entrevista Hilda nuevamente recuerda a don Enrique, cómo el obispo de la Zona Oeste le enseñaba a creer: “yo siempre estaba en conversa con él y me decía: deje no más, si usted cree en este Dios vivo, el *Dios de la vida*, siga como está y no tema” (3,22). También su marido le enseñaba a rezar. Dice que él “creía mucho en Dios y siempre decía: ‘no viejita, Dios nunca nos va a dejar, vamos a salir adelante. Yo no sabía cocinar, él sí sabía, y cuando no teníamos para el pan, hacía unas churrascas, como él les llamaba, en el sartén con un poco de harina, para que comiéramos todos” (3,15).

“¿Qué es lo que Ud. como catequista ha tratado de transmitir a los demás?” Responde: “Mi vida con esta fe que tengo, con este amor que tengo por mis hijos” (3,19). La respuesta retrata a Hilda muy bien, su enseñanza del cristianismo es fundamentalmente testimonial. Lo principal de su tarea de catequista no es que las personas aprendan y memoricen enseñanzas, mandamientos u oraciones, sino contar su experiencia, hablar de aquello en lo cual creen. E Hilda cree en su propia vida en cuanto vida vivida con fe y una fe que

se prueba con amor sobre todo por sus hijos. Inmediatamente cuenta algo fundamental de su fe:

No sé de donde sacaba tanta inteligencia para hacer comidas baratas, porque no tenía plata. Entonces eso mismo yo les decía, pueden hacer lo que yo hacía con poca plata. Y siempre les decía que no olviden nunca que uno tiene que tener a María y al Señor en el corazón, porque este Señor de la vida nos da más vida y María nos ayuda a que sigamos en este camino (3,19).

Se trata de una fe hecha amor, de una fe que discurre y no se debe abatir por la adversidad, ella puede enseñar en la catequesis que la fe no defrauda porque ha podido comprobar que Dios sacó adelante a su familia. Hilda enseña algo que ha aprendido ella primero, no porque otros se lo hayan enseñado, sino porque habla de su vida. Y cuando mira hacia atrás recuerda otros momentos extraordinariamente difíciles en los cuales su fe fue clave:

Yo tuve la gran dicha –ahora lo veo como dicha, en ese minuto no cuando yo estaba en catequesis, estábamos viviendo momentos muy difíciles, porque estábamos en dictadura. Todo eso me sirvió tanto, porque yo tenía gente que eran detenidos políticos, familiares, hijos, gente que andaba arrancando de los militares. Entonces era tan grande mi deseo de transmitir la fe en momentos que eran tan difíciles tener fe. Era difícil (3,19).

Es claro que Hilda relaciona estrechamente la fe con la caridad y el respeto a los demás. Si se trata de transmitir su fe a sus hijos y nietos, ella espontáneamente afirma que lo fundamental es que:

No tienen por qué rechazar a nadie, sea gay, lesbiana, porque son seres humanos y uno tiene que acogerlos, conversar. Yo tengo una nieta que tiene un amigo que es gay, del mismo colegio. Todos le hacen *bullying*.

Yo les digo ustedes no tienen que hacer eso, porque es un ser humano. Y yo encuentro lindo eso de ella<sup>4</sup> (3,15).

Ha podido también enseñarles las oraciones cristianas más conocidas. Pero lo primero de su fe en Dios es el prójimo. Ella ha aprendido a valorar a quienes no creen, pero aman al prójimo. Y, por lo mismo, las personas que se tienen por creyentes, pero se desprecupan de los demás, para ella, no creen realmente en Dios. Esta es la idea que le dejó la Teología de la liberación que en algún momento estudió:

Lo bueno es que me hizo ver que no existe solamente mi religión. Que existen muchas otras religiones que son respetables y que tengo que respetarlas y respetar también a los que no creen. Yo decía: ‘cómo este no cree’<sup>5</sup>. Eso lo saqué muy en claro. De verdad hay personas que no creen, pero son muy buenas personas. Hay católicos también que no sirven tanto (2,29).

Ella es feliz con que sus nietos crean en Dios y le recen. Quisiera que todos sus hijos tuvieran la fe que ella tiene. Pero se conforma: “algunos de ellos no creen mucho en Dios pero sí creen en las personas, entonces que sigan creyendo en las personas” (2,4). Porque, como dirá también, “creer en las personas es creer en Dios vivo” (2,5).

Hilda vive por amor, ella amó a su marido durante toda la vida. Lo recuerda y se emociona, dice con orgullo: “El viejo fue mi primer pololo, mi primer hombre y mi último hombre” (3,12). El amor por sus hijos no tiene límites, pareciera que ellos le arrancan amor del alma para poder amarlos siempre más. Vive con ambos ojos abiertos para descubrir dónde hay alguien que puede necesitar una ayuda. Entiende el amor como estar atentos a los otros y dispuestos a ayudarlos. *Ayudar* es una palabra central en su vida. La población se

<sup>4</sup> Se refiere a su nieta. Ella no discrimina.

<sup>5</sup> Hilda se refiere a una persona indeterminada que no tiene fe en Dios. Ella, en un momento anterior en su vida, no podía entender que alguien no fuera creyente.

levantó con la solidaridad de los vecinos. La “ayuda fraterna” de la comunidad, en la que ella participó mucho tiempo, fue clave durante largos años de gran necesidad de las familias. Ella iba de un lugar a otro acarreando alimentos o ropa, lo que se pudiera, para socorrer a personas más pobres que ella misma. Ayudar a los demás es como ayudar a Jesús, “aunque de repente me duele mucho” (2,5). Conocer necesidades de los más pobres que no se pueden socorrer, es doloroso. Reconoce que “por todo lo que leí del Padre Hurtado, me empezó a dar esto de ayudar a la gente” (3,21)

Llama la atención un modo particular de Hilda de entender su apostolado. Ella valora mucho que alguien entre en la casa de otros con la intención de oír a las personas y enterarse de lo que puedan necesitar para acudir en su ayuda. “Yo le doy gracias a Dios de poder entrar a las casas por Él. Si yo no tuviera la fuerza de Él no sería capaz porque yo soy súper tonta<sup>6</sup>, soy muy tímida” (2,10). Echa de menos a jesuitas que tenían esta misma costumbre. Dice: “Se metían en la casa, se hacían uno más” (2,41). Recuerda con cariño a Jim Hosey que lo hacía con frecuencia. Hilda admiró a Carlos Klemm precisamente por esto:

Así que cuando el padre, como digo, llegó aquí a mi casa yo lo vi a él como... sabe que el padre Carlos andaba en todas las casas, en las casas de los evangélicos, de los que no creían en nada. Entonces eso a mí me marcó, me marcó mucho, porque no por ser católica no voy a ir a la casa de un evangélico, o un mormón o qué sé yo, no, somos todas personas (1,41).

Hilda ama a personas que han amado a otros de un modo extraordinario, recuerda con enorme cariño a Ambrosio Errázuriz: “Yo a Ambrosio lo amo. Y para mí él era un enamorado de Dios y apasionado de él porque buscaba con tanto amor a la gente que estaba en

---

<sup>6</sup> Insegura.



ese tremendo problema de la droga, del neoprén y en los basurales, hasta le pegaban los chiquillos” (3,20). Por motivos parecidos dice amar a Nano Ortega, casado con Lya Saldaña, a Umbelina, a José Antonio Recharte. Pero no puede dejar de amar a personas que le duele recordar. A los niños que preparó para su primera comunión, hoy convertidos en *patos malos*<sup>7</sup>. Y recibe con amor a los chiquillos de San Ignacio para que “sientan un poquito como yo siento al Señor” (2, 54).

Las cosas han de hacerse con amor. Poner amor. Así es posible compartir con alegría lo poco que se tiene. Dice de los momentos difíciles de su familia: “Un pedacito cada uno y estaban bien, porque todos conversando y compartiendo con alegría, con amor. Y eso es lo fundamental” (3,12). Hermoso, pero difícil. Hoy las parejas duran poco. No saben que el amor, en realidad, “es sacrificio, es entrega, es dolor, es sufrimiento” (3,12).

Es su amor a Dios la razón de su participación en la comunidad:

Como decía el otro día, va mucha gente a la misa, pero, ¿cuántas son las que se dan el tiempo para escuchar? No tienen tiempo, ‘tengo tanto que hacer’. Y yo digo: ¿y cómo yo tenía trece hijos y tenía tiempo para hacer tantas cosas? Yo eso todavía no me lo explico. Así que por eso cada día parece que amo más a este Dios. Yo de verdad soy un poco loca (3,12).

Hilda establece un estrecho vínculo entre su amor a Cristo crucificado y su amor a sus hijos, relación que se extiende a otras personas incluyéndolas en su amor. A la pregunta por la fuerza que ella extrae de la cruz, siendo que en la cruz no parece haber fuerza alguna, ella responde: “Porque yo veía que sufría, y como yo lo amo tanto. Si él no tiene ninguna culpa de nada, porque nos ama ‘no más’ está sufriendo. Yo también amo a mis hijos, y sigo adelante, porque los amo” (3,10). El Cristo inocente y sufriendo que tanto la ama, genera

<sup>7</sup> Muchachos con malas costumbres. A veces son delincuentes.

en ella el amor con que ama a sus hijos y con este amor, que es tan abundante, puede amar además a otras personas. Explica: “Es que yo quiero tanto a mis hijos... los quiero tanto... que me sobra el cariño” (1,61). El problema ha sido que ella podía dar a los otros, lo que correspondía primero a sus hijos. Por esta razón, la ha reprendido José Arteaga, un jesuita que la conoce mucho y que tiene sobre ella una especial ascendencia.

### *2.5. Autoconciencia*

Hilda tiene conciencia de ser madre y esposa. Sabe que ha sido pobre. Recuerda haber pasado enormes necesidades. Pero también que con su familia aprovecharon lo poco que tenían y, haciendo las cosas con amor, fue posible hacer milagros y vivir con alegría.

Tiene conciencia de ser una persona religiosa, pero no beata y menos santurrón. Le molestan las personas que son buenas solo durante la misa. Su fe se juega puertas afuera de la capilla. Y como las necesidades de amor que tienen las personas son tan grandes, Hilda no tiene tiempo para jactarse de ayudarlas. Continúa preguntándole al Señor qué puede hacer por él. Hilda pone en práctica el amor que Dios le tiene ayudando a los demás.

Dice ser vieja, pero lo dice agradecida de Dios por la vida que le ha dado: “Y ya cuando uno va entrándose en la vida, así como estoy yo más vieja uno dice: ‘bendito sea Dios’, le doy gracias por haber pasado todo lo malo que he pasado, porque a pesar de todo, no ha sido tan malo” (2,1). Dice haber sufrido mucho en su vida. El mismo Señor le ha dicho: “la vida es dolor y alegría y sufrimiento” (3,8).

Hace hermosos recuerdos de los jesuitas y los critica como a su propia gente, se identifica profundamente con ellos. “He tenido muchas referencias en estas personas de la Compañía, ¡si yo soy jesuita! Yo

me siento jesuita porque tanto (los) he conocido. De hecho, una vez yo pensaba que Don Enrique era jesuita” (3,20)

La raíz de su identidad es religiosa. Dios, la Virgen y Cristo configuran su identidad más honda. “Sí, yo sin María no sería nada. María imagínate ahí en el calvario a los pies de la cruz de su hijo cuando estaba sufriendo. Ellos son como la savia de mi vida, María y este Cristo” (3,19).

### 3. Teología

#### 3.1. *El Dios de la vida*

He preguntado a Hilda por el Dios de su vida. ¿En cuál de las personas divinas ella centra su fe? Me ha respondido claramente “el Padre”. Le llama Dios o Señor. Varias veces la denominación “Señor” se aplica también a Cristo. Algunas veces no se sabe si se refiere al Padre o al Hijo lo cual no debiera extrañar, pues se advierte que entre ambos se da una perfecta sintonía. En todo caso, lo que más llama la atención de la idea de Dios que tiene Hilda es que habla del *Dios de la vida*. Es el mismo Dios del Credo.

Dios es Dios de esta vida, de la vida de Hilda y de la vida de todas las personas. El padre Carlos Klemm le enseñó a conocer a este Dios: “Con él aprendí a ver al *Dios de la vida*. Yo siempre le digo a los chiquillos ‘Dios no está en el cielo, no hay para qué mirar para arriba, hay que mirar para el lado, a los vecinos, los vecinos son nuestros familiares cercanos’ (1,34). A los alumnos de San Ignacio, afirma, “les hablo de Dios y de la vida de Dios de aquí” (2,51). Fue también don Enrique Alvear quien le dio a conocer a este Dios (cf., 3,22).

Hilda reconoce en su experiencia un giro. De Dios tenía una idea y terminó cambiándola por otra. Afirma:

Pero como te decía, de verdad, este (es el) Dios que aprendí a conocer, porque cuando llegué a esta población el Señor era del cielo. Y después dije en el cielo no está, sino que está aquí. Es importante eso, descubrir que el Señor no anda volando, está inserto en cada uno de nosotros y me guste o no me guste (2,45).

Hubo un aprendizaje. Insiste en esto. Recuerda que el año 1968 hizo la Primera comunión el grupo que ella preparó por primera vez. Esto fue en la primera capilla que tuvo la comunidad: “Oh, qué alegría para mí, yo decía, ‘oye, Dios me quiere tanto’, ahí empecé a conocer a Dios...” (1,9).

Este “empezar a conocer”, “aprender a ver”, “descubrir”, este auténtico cambio de su noción de Dios, ha sido causa de una enorme alegría. Pero esta conversión al *Dios de la vida*, como ya se deja ver en un texto más arriba, ha sido exigente. No se lo encuentra en el cielo. Para conocerlo hay que volverse al prójimo y a la red de solidaridad que hace posible la vida de los pobres:

Cuando yo hacía catequesis les decía ‘nunca hay que estar en mala con los vecinos, porque son nuestros familiares... si hay un incendio o una enfermedad, ¿a quién recurrimos primero?’. Los vecinos, porque los familiares viven lejos, es la verdad, es la verdad, y yo eso lo aprendí aquí (2,34).

Este Dios tan “lleno de ese espíritu de misericordia, de amor, de perdón”, exige imperiosamente hacerse cargo de los demás, sufrir por ellos y preguntarse qué se puede hacer por ellos. Dios “no te deja mirar a ti para otro lado que no sea el poder acoger” (2,34). Cuenta el caso dramático de un abuso a una chiquilla: “Yo lloré dos noches. Y decía: ‘Señor, qué puedo hacer yo. No puedo darle vuelta el rostro (al abusador), no podría. Quien soy yo’” (2,34). La experiencia de *Dios de la vida* es inseparable de una entrega total al prójimo necesitado.

El mismo Dios sustenta su apostolado, el Señor de la vida le da arrojo para hacer cosas que otros no se atreverían como meterse en las casas de las familias cuando se trata de ayudar. La gente se lo agradece, le agradece sus palabras: “Me dicen de repente: usted habla tan bonito. Y yo digo: ‘¿Yo? No’. Para callado digo que es el Señor el que pone las palabras en la boca y en el corazón porque si uno no lo dice de corazón no pasa nada” (2,12). Hilda no se jacta del impacto que puede producir en la gente que la escucha porque sus palabras son las del Señor. Dios habla por ella para ayudar a los demás.

El viraje en la vida espiritual de Hilda es profundo. De su primer concepto de Dios, un Dios que hace milagros desde el cielo, ha llegado a creer que el *Dios de la vida* los hace a través de las personas y a través suyo con su ayuda:

Yo creía en Dios y los milagros. Ahora yo sí creo en Dios y existen los milagros, pero los milagros los tengo que hacer yo porque el Señor me ayuda. El milagro que viene así como hacen los magos no. No es así. Uno tiene que pasar por dolores, angustias, sufrimientos y de esa manera uno va haciendo la fortaleza de la fe (2, 46).

No tiene de qué sentirse orgullosa, pero sí feliz, contenta de haber conocido al *Dios de la vida* que se ha apoderado de su vida para que las otras personas tengan vida y lo conozcan a él. Es Dios quien hace la obra. Ella no podría negarse a colaborar con Él.

Su impulso apostólico compromete por entero sus energías y su salud. Ha sido una vida llena de sacrificios, pero la pregunta fundamental no la deja en paz: “De repente digo yo: ¿qué quiere el Señor de mí que siga haciendo?”. Hilda es ya anciana. Sabe que vendrán unos niños del Colegio San Ignacio a visitarla porque quieren escucharla y no tiene fuerzas para recibirlos, pero no puede perder la oportunidad de hacer algo más por el Señor: “a lo mejor sientan un poquito como yo siento al Señor. Es tan bueno, tan sanador”

(2,54). También quiere hablarles de las maravillas de la creación. Si no, quién le dirá:

¿Se dan el tiempo de mirar la puesta de sol? Es tan bella, es tan hermosa. No nos damos el tiempo. ¿Se dan el tiempo para mirar el cielo, las estrellas, en el campo? Y esa es la gracia de Dios. Amo toda la belleza que nos da el Señor, con gratuidad. Me gusta cuando los árboles empiezan todos desnudos y después empiezan a poner sus brotes hinchados, qué hermoso. Nadie se da el tiempo de mirar esas cosas que son tan insignificantes, pero tan significativas (2,54).

Hilda, podría decirse, no es libre frente a este Dios, ya que lo que más quiere es hacer su voluntad, no puede dejar de ir a misa; ella siente que tiene que agradecer obligatoriamente a Dios: “El domingo todos (los de su familia) dijeron, ¡no va a la misa!”. Llovía y le dolían los huesos: “Pero yo tengo un compromiso y Dios sabrá...” (3,1). A cada rato en la entrevista surgen espontáneas las palabras de agradecimiento: “Cómo no le voy a dar gracias a Dios yo” (2,18).

### *3.2. Idea de Cristo*

#### **3.2.1. Cristo íntimo**

Su experiencia más personal de Cristo comenzó en la iglesia del Perpetuo Socorro. Fue la Virgen que le presentó a su hijo, porque Hilda quería conocer al Señor, pero no se atrevía a mirarlo, no se sentía digna de Él. Le pidió a la Virgen poder mirarlo y pedirle a él directamente. Cuenta:

Entonces yo me iba todas las tardes ahí a rezarle a la Virgen que está en el altar mayor y allí estaba la imagen del Señor, al lado, y yo decía ‘yo no soy digna de mirarlo’, pero yo igual miraba y veía el reflejo. Yo decía ‘no, no soy digna, Virgencita. Algún día tú me vas a dar la dignidad para poder mirarlo y pedirle a Él, pero todavía no, no soy digna (1,1).



Ella quería dos cosas: poder hablarle y pedirle. La Virgen se lo concedió: “Ahí está, le dijo un día, conversa con Él” (1,1). Para Hilda poder pedirle directamente a Él era muy importante. Después de años puede decir: “El Señor me ha dado tanto, me ha dado fuerza” (3,20), También fue importante tener un conocimiento de él mismo. Este conocimiento se nutrió de lecturas y cursos que hizo con dificultad porque le costaba escribir. Ambrosio le enseñaba y le corregía. Pero el conocimiento personal fue lo más importante. Confiesa: “Cuando lo empecé a conocer, mi vida tomó otro ritmo” (1,1).

Hilda sabe que Cristo le cambió la vida, le llenó la vida de amor. El amor de Cristo en ella le sobra para darlo también a los demás. Este amor a ella le ha hecho vivir en plenitud y darse por entero a los otros. “Este Señor de la vida te llena, te llena tanto que yo lo encuentro tan bello” (2,49). Lo que más admira de Cristo es su vida, su manera de vivir. Cristo “vino solamente para hacer el bien, para amar” (2,49).

En lo más hondo de su experiencia de Dios está el amor de ella por Cristo (“yo lo amo tanto”) y, de Cristo por ella (“nos ama no más, está sufriendo”). Esto explica cómo ha vivido ella su vida. Él sufrió por amor gratuitamente. Él le dio la fuerza para sacar adelante a sus hijos de un modo semejante, con enorme generosidad. Porque, precisamente, en la intimidad de este amor caben otras personas. No podría ser de otro modo. El Señor ama a todos. Hilda ama con un amor intenso a sus hijos, amó con intensidad a su marido, pero siente que Cristo le pide amar no solo a los suyos sino a toda persona sin importar quién sea, si se la conoce o no, si es buena o un *pato malo*. Su amor por Cristo es íntimo e incluyente. No podría excluir a nadie.

Sin embargo, ella confiesa que le cuesta aceptar que haya cristianos que dentro de la misa son unos y fuera de ella son otros. En esto es categórica: “Lo más lejano de Cristo son las personas que van a

la misa, que comulgan y después se quedan en su casa y no hacen nada" (3,28). Continúa: "Si nosotros, la mitad de la gente que vamos a misa fuéramos oreja, esta población sería diferente, no sería tan fría" (3,28). Por esto debe hacer esfuerzos para saludar a algunos cristianos solo de misa. Lo hace, porque Cristo lo haría.

La Virgen ocupa un lugar preeminente en sus primeros recuerdos: "De los siete años me empezaron a vestir de Lourdes hasta como los diez años" (3,32). Pero solo a los veinticinco años empezó "a conocer lo que es dirigirse a la madre" (1,1). Y la Virgen –como hemos visto– le hizo conocer a Jesús. Entre Hilda, Jesús y la Virgen se da una comunión en el amor y el sufrimiento. Como si los tres vivieran juntos.

### 3.2.2 Cristo crucificado

El Cristo de Hilda es el crucificado. No habla del resucitado. Pero sí del crucificado que está "vivo", "que vive" ayudando a los demás, a otros que como Él y ella también han sufrido. El Cristo crucificado prolonga su existencia en el mundo sufriendo y auxiliando a los que sufren. Cuando ella ya tenía diez niños, acudió a Cristo para pedirle ayuda y Cristo crucificado le dio las fuerzas para amar a su familia y sacarla adelante. "¿Cómo no voy a agradecerle a Dios? De verdad, yo sacaba mi fuerza de la crucifixión del Señor. De ahí es de donde la sacaba para seguir caminando cuando todos ellos eran chicos" (3,9). En otro momento ha dicho: "Yo te conté, de donde siempre he sacado fuerzas... es de la crucifixión del Señor. Es de ahí... dónde más, de dónde. Si el sufrió tanto, porqué yo no también voy a sufrir y puedo salir adelante con eso. Él me está apoyando siempre con tanta ternura, con tanta compasión" (2,5).

Ella no se pregunta por qué se sufre, siendo que el sufrimiento es una realidad tremenda y extendida. A su alrededor son muchos los que sufren. "Hay tantos 'cristos' todavía que sufren sin tener

ninguna culpa" (3,8). Inocentes como Cristo que "sufrió en la cruz sin tener ninguna culpa" (3,8). Hilda no hace preguntas, pero sí reacciona. Ante este sufrimiento, al igual que Cristo, ella sufre y entrega la vida:

Ese Cristo por el que, al menos yo, me sigo desviviendo a pesar de estar vieja; pero lo sigo viendo con dolor, crucificado. Hay tanta gente que sigue sufriendo y yo digo: 'menos mal que yo he ido saliendo', pero de repente uno dice 'Señor, qué quieres de mí'. Yo no sé qué quiere y sigo sufriendo. Y me dice: 'la vida es dolor y alegría y sufrimiento' (3,8).

En la experiencia espiritual de Hilda hay una sola salida posible a este sufrimiento completamente inocente, inesperado, incesante, que es la de amar, salida que también es sufrida; una salida que no parece salida, pero que sí lo es, en tanto consiste en amar como Cristo amó. El secreto de todo es el amor.

Hilda, en su experiencia de Dios, va más allá de su propia religión. El cristianismo, como religión del amor, siempre va más lejos de la religión cristiana misma. Hay personas que no creen, pero aman, ayudan a las demás, como el Cireneo que sin tener nada que ver con Jesús le ayudó a cargar la cruz. Dice "creer en las personas es creer en Dios vivo". Entiendo que quiere decir "servir a las personas" es equivalente a creer en Dios. Como si, por el contrario, declarar que se cree en Dios, pero no servir a las personas fuera sinónimo de una fe falsa. El cristianismo se juega en ayudar a los demás no importa quién sea: "Esa parte nunca se me quita de cuando él iba con la cruz e iba tan mal. Y le piden a ese Cirineo que lo ayude y él no era creyente. Y él lo ayuda. ¿Y por qué yo no voy a ayudar? Aunque de repente me duele mucho" (2,5). La caridad, para Hilda, es imperiosa. Ella misma no tiene escapatoria: "si yo realmente tengo a Cristo en mi corazón y veo que una familia está tan necesitada, yo me hago parte de esa familia". Aun siendo ella y los suyos "tan pobres", no han podido sino ser solidarios con quienes lo han pasado peor: "Yo

me acuerdo que de dos familias me hice amiga y les hacía un paquetito, de lo poco que teníamos lo compartía, *tenía que hacerlo*" (3,24).

El Cireneo siempre le sirve de ejemplo: "Esa parte donde va Jesús con su cruz y va tan aproblemado con ese tremendo peso y cuando nadie lo ayudaba y alguien le dice al Cireneo que lo ayude y va y lo ayuda. Ni creía ni lo conocía y lo ayuda. Eso es lo que nos falta, ayudar" (3,18). Ella quería que sus nietos entendieran que la fe es ayudar a los demás. No excluir nunca a nadie. Sus nietos "tienen que estar siempre muy abiertos a ayudar" (3,18).

#### 4. Conclusión

Hemos emprendido esta investigación, bajo el supuesto de que la renovación pastoral de la Iglesia impulsada por el Vaticano II ha podido tener un impacto significativo en el cristianismo de los fieles. La hipótesis que acompañó todas las entrevistas, una hipótesis que se ha ido alimentando en mis años de observación pastoral, se ha confirmado. Esta es, que el Concilio introdujo cambios extraordinarios en el cristianismo latinoamericano sin perjudicar el cristianismo tradicional. En estos cincuenta años de post-concilio se dieron a veces interpretaciones del Vaticano II que menospreciaban lo popular tradicional o la religiosidad popular. En el caso de Hilda, sin embargo, vemos que las renovaciones pastorales introducidas por el Concilio encontraron en su religiosidad un soporte sólido en el cual engastar.

En la experiencia espiritual de Hilda reconocemos un proceso de conversión que empalmó fructuosamente con el giro que el Concilio Vaticano II dio a la Iglesia. Esta conversión como experiencia única e irrepetible es irreductible a los cambios que el Vaticano II impulsó; irreductible, en particular, a la recepción latinoamericana y chilena del Concilio, la cual se caracterizó como *Iglesia de los pobres* y soli-

daria con las víctimas de las violaciones de los derechos humanos. La experiencia personal de Hilda se nutrió de este viraje eclesial y pastoral. En otras palabras, la lenta y profunda conversión personal que Hilda nos relata en las entrevistas ha tenido mucho que ver con la conversión pastoral del gran concilio.

Una primera conclusión sobre el impacto del Vaticano II en la vida cristiana de Hilda sería esta: el Concilio propulsó una renovación pastoral sin iconoclastia. La ilustración teológico-pastoral que promovió, no necesitó hacer *tabula rasa* de una piedad tradicional. Antes bien, lo antiguo hizo de tocón de un rebrote novedoso y vigoroso. Gracias al Concilio ella tomó la Biblia en sus manos y, al igual que tantas personas en el mundo popular, comprendió su vida mediante una lectura asidua de la Palabra. La Iglesia latinoamericana, haciendo una recepción comunitaria del Vaticano II, hizo posible, además, que personas como Hilda se supieran integrantes de una Iglesia que se localiza en relaciones humanas cercanas y solidarias. En sus largos años de pertenencia a la comunidad eclesial de San Esteban, Hilda ha asistido a muchos cursos de formación cristiana y a numerosos retiros espirituales en los que ha aprendido a rezar de otra manera. Su comunidad, las personas, la eucaristía dominical y la catequesis familiar, son su casa y su mundo.

Hilda tiene un catolicismo popular tradicional y, al mismo tiempo, un catolicismo ilustrado por la pastoral latinoamericana del post-concilio. Cualquiera que tenga la oportunidad de conocer el altar de su habitación podrá comprobarlo rápidamente. En él coexiste lo viejo y lo nuevo, lo íntimo y lo social, la Biblia de Jerusalén y las velas, San Sebastián de Yumbel y Raúl Silva Henríquez. Tal es la actualidad de la Virgen en su vida que María pareciera ser en ella una novedad. Hilda no ha perdido nada de lo que recibió de los suyos. De un modo muy natural, sin que ella hable de ello, su catolicismo popular tradicional parece haberle abierto la posibilidad de

experiencias nuevas de Dios. Esta constatación habla bien de una tal religiosidad y, pensamos, habla bien del Vaticano II. En el más sano de los catolicismos debieran ofrecerse las posibilidades de una renovación religiosa, pues lo antiguo puede dar cabida a lo nuevo sin mayores dificultades. El de Hilda es, en este sentido, un excelente ejemplo. Ella comparó en algún momento dos estilos sacramentales, el de su Primera comunión y el de su Confirmación, y optó por el de esta. Ella no desprecia nada de lo antiguo. Distingue, eso sí, entre lo que vale más y lo que menos, y no tolera falsedades. La experiencia de Dios, podría Hilda decir, tiene diversas profundidades y todas las mediaciones son importantes, con tal que permitan contactarlo.

Una segunda conclusión atañe a contenidos teológicos en sentido estricto, como son los de una imagen de Dios y de Cristo promovidos por el Concilio o que han caracterizado la recepción del Vaticano II en América Latina. Estos son la denominación de Dios como *Dios de la vida* y la verificación de la devoción al Cristo crucificado como amor radical por el prójimo. Llama poderosamente la atención que Hilda ha hecho suyos estas dos formas de entender a Dios y a Cristo tan propias de la teología latinoamericana. En ellas encontramos las huellas de un Concilio que ha valorado la vida y la humanidad a secas. Sin duda la Iglesia del Vaticano II ejecutó un giro antropológico que –como señaló Pablo VI el día de su clausura– no ha debido interpretarse como una traición a la religión cristiana, sino como una expresión genuina de la misma. Pues bien, en Hilda se advierte una fe que tiende a expresarse secularmente. El *Dios de la vida* en quien se concentra su fe, es el Dios de su vida, de la vida de sus prójimos; el Dios que hace vivir a quienes luchan por sobrevivir en la pobreza y en el desamparo; el Dios que necesita de cristianos que hagan vivir a los demás. El Cristo de Hilda, por otra parte, es tan íntimo y tradicional como el que conoce crucificado en la Iglesia del Perpetuo Socorro, y tan servicial y profético como el que la mueve a un amor



radical por las personas y a una solidaridad con las víctimas de las violaciones de los derechos humanos.

Es hermoso caer en la cuenta que la nueva imagen de Dios y la nueva comprensión de la cruz son hallazgos de la Iglesia latinoamericana y de Hilda al mismo tiempo. Esta ha sido en gran medida la experiencia espiritual de un enorme sector de la Iglesia de América Latina. Esta ha consistido también –como hemos dicho– en una re-vigorización de la dimensión secular del cristianismo, a saber, de la solicitud del cristianismo por el prójimo personal y socialmente considerado que no necesita desprenderse de su articulación religiosa, sino que encuentra en ella, incluso en sus expresiones tradicionales, una fuente de alimentación.

**Dr. Jorge Costadoat**

Facultad de Teología

Pontificia Universidad Católica de Chile

*jcostado@uc.cl*

## BIBLIOGRAFÍA

- Azcuy, Virginia, Carlos Schickendantz y Eduardo Silva (eds.). *Teología de los signos de los tiempos latinoamericanos. Horizontes, criterios y métodos*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013. Impreso.
- Bacher, Carolina. "Teología Pastoral *Inter Loci*. Una disciplina teológica ante el aporte de las experiencias creyentes en escenarios sociales contemporáneos". *Teología*, Tomo XLVII, n° 106. 2011: 385-411. Impreso.
- \_\_\_ "Zarzas que arden. Aportes del estudio teológico-pastoral de casos a una Teología de los signos de los tiempos". Azcuy, Virginia Raquel, Carlos Schickendantz y Eduardo Silva (eds.). *Teología de los signos de los tiempos latinoamericanos. Horizontes, criterios y métodos*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013. 389-422. Impreso.
- Berriós, Fernando, Jorge Costadoat y Diego García (eds.). *Signos de estos tiempos. Interpretación teológica de nuestra época*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008. Impreso.
- Costadoat, Jorge. "La 'más latinoamericana' de las teologías", en Xavier Pikaza y José Antunes da Silva (eds.), *El pacto de las catacumbas. La misión de los pobres en la Iglesia*. Navarra: s.p., 2015. 231-251. Impreso.
- Grieu, Étienne. *Un lien si fort. Quand l'amour de Dieu se fait diaconie*. Paris : s.p., 2009. Impreso.
- \_\_\_ "¿La Iglesia en la escuela de los creyentes más humildes? La importancia de los relatos de vida", en Azcuy, Virginia Raquel, Carlos Schickendantz y Eduardo Silva (eds.). *Teología de los signos de los tiempos latinoamericanos. Horizontes, criterios y métodos*.

Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013. 355-387.  
Impreso.

— “Teología de los signos de los tiempos y relatos de vida”. Manuscrito. Seminario internacional de teología: *Teología de los Signos de los Tiempos Latinoamericanos. Relatos de vida, relatos bíblicos, relatos de mujeres*, 17 ago. 2013.